

LA CASA DE LOS ABUELOS

Cuando empecé a escribir este libro, llevaba cuatro años viviendo en el piso de mis abuelos. Es un entresuelo de un ensanche zaragozano, cerca de la estación de El Portillo y de la universidad, en el chaflán de la avenida Goya y la calle del Carmen. El edificio tiene cinco plantas y parece pequeño entre las construcciones que lo rodean. Frente a la ventana de la habitación en la que empecé a escribir hay una tienda de electrónica y una autoescuela. A la derecha, un local vacío que albergaba una sucursal de Vodafone, un lugar donde hacen tatuajes, una agencia inmobiliaria y una copistería. Los locales son los mismos que recuerdo desde mi infancia, aunque algunos han cambiado de dueño. El quiosco cerró hace unos meses y ahora se venden periódicos en la copistería. Los dependientes se visitan a menudo y charlan. Muchos de los bares también son los mismos, pero los llevan chinos: una familia china regenta la cafetería donde trabajaba el primer novio de mi madre y otra dirige, en la esquina opuesta, el Liberty, que antes atendía una chica pelirroja que siempre estaba leyendo, y que cuando yo era niño se llamaba Bécquer. El bar de la otra esquina de Goya y Carmen está cerrado. En los últimos años ha habido tiendas de informática, concesionarios de coches y comercios de pintura en ese local. Mi abuelo decía que era una mala esquina.

El piso, de unos ochenta y cinco metros cuadrados, tiene un pasillo largo. A la derecha hay una cocina muy pequeña, un cuarto de baño con un plato de ducha y suelo antideslizante,

una habitación que era un dormitorio y nosotros convertimos en estudio —tenía allí mi ordenador, los libros en inglés y francés y la mesa en la que trabajaba mi novia— y nuestro dormitorio. A la izquierda hay dos habitaciones: la despensa y el dormitorio de mis abuelos. La despensa conserva el suelo y el papel de pared que tenía cuando era niño. El techo es alto, y hay baldas en las paredes. Además de ropa sucia, una escalera, la plancha, medicinas o comida, en esas baldas había cosas de cuando mis tíos eran pequeños, ropa de bebé y trastos viejos. Toda la casa tenía esa disposición geológica: estaban nuestras cosas, pero también las de quienes habían vivido allí antes. Utilizábamos poco el dormitorio de mis abuelos, donde teníamos un tendedero y un sillón: a veces iba a leer. Los invitados dormían en ese cuarto. Pero normalmente la cama estaba ocupada por ropa, mejor o peor doblada. Salvo en el pasillo y el baño, los techos son altos. En el salón hay cuatro ventanas que arrancan desde poco más de un metro de altura y llegan hasta el techo, y entra mucha luz. También hay una mesa redonda y una mesa plegable, un sofá-cama bastante incómodo y feo pero útil, y tres sillas, aunque cuando vivíamos allí una de ellas solía estar llena de periódicos y revistas. En el salón había también dos estanterías, donde guardaba libros en español. Había un televisor, que en su momento fue la compra más cara que yo había hecho nunca, y un aparato de música, que costó 139 euros y en su momento también fue la compra más cara que había hecho nunca. Era, y es, una habitación desplegable, como todas las de la casa. La mesa redonda está pensada para que coman menos de cinco personas; la mesa rectangular extensible está concebida para una comida familiar. Mi novia y yo solo la desplegamos un par de veces. Durante mucho tiempo fue mi mesa de trabajo. Allí traduje una biografía de Chéjov, un libro sobre la guerra de la Independencia, un tratado sobre religión y política de Mark Lilla, una novela de Gul Y. Davis y un libro de relatos de Sherman Alexie. Abrí un blog y escribí buena parte de un libro de cuentos en esa mesa. Cuando empecé este libro, solo trabajaba en el salón si

mi novia hacía joyas en el estudio. Pensé que era más adecuado dejar el comedor como habitación común, para no pasarme el día en el mismo lugar. También quería tener una puerta en mi lugar de trabajo, aunque la verdad es que casi nunca la cerraba. Pero me gustaba trabajar en el salón. Mi abuelo contaba que, cuando hicieron la casa, los constructores aprovecharon para rebañar un trozo de calle. Los inspectores no se dieron cuenta hasta mucho más tarde. No quisieron, o no pudieron, tirar el edificio, donde ya vivía gente. Si el edificio se derriba algún día, habrá que levantar el nuevo en el terreno legal y la casa perderá unos metros. Cuando escribía en el salón me gustaba pensar que estaba en la calle.

Era la segunda vez que vivía de continuo en esa casa, pero había pasado mucho tiempo allí a lo largo de los años. En mi infancia había una habitación más, que ocupaba la mitad de lo que ahora es el salón. En ella dormía mi tío, el hermano de mi madre. Tenía un buró. Recuerdo que fumaba allí en pipa, aunque el tabaco, de la marca Golden Virginia, se guardaba en la despensa, que era el cuarto donde más jugué de pequeño. Me sentaba en las baldosas y hacía figuras de plastilina. Más tarde, a los catorce años, me trasladé al piso de mis abuelos para estudiar en el instituto en Zaragoza. Dormía en la cama en la que dormiría cada noche una década más tarde. En la mesa de la habitación contigua, construida por mi abuelo, había estudiado y escrito de niño. Había dibujado cómics y escrito cuentos; había aprendido a escribir a máquina, con un manual que andaba por la casa. Mi padre creía que aprender mecanografía era muy importante para ser escritor. Cuando convertí esa habitación en mi estudio, puse los libros en inglés a la izquierda, en una estantería de Ikea, algunos en orden alfabético y otros amontonados. En ese lado estaba también la mesa de mi novia, bajo un corcho donde colgaban un billete de un dólar medio roto, postales de una exposición de la artista Lina Vila, hojas de los árboles y diseños de joyas. A mi derecha había una estantería que hizo mi abuelo y que llegaba hasta el techo. En la parte alta estaban, y todavía están, los

libros que sobreviven de la biblioteca de mis tíos. Hay muchas ediciones del Círculo de Lectores: *Memorias de África*, *Memorias de Adriano*, *Herrumbrosas lanzas*. También hay libros de otras editoriales: *Santuario*, *Oficio de tinieblas 5*, cosas de Onetti, *Las cartas cayeron boca abajo*, *El nombre de la rosa*, *Los 25.000 mejores versos de la lengua castellana*. Avanzando hacia la puerta, estaban los libros en francés. Debajo, en otra estantería que hizo mi abuelo, continuaba la biblioteca inglesa. En las últimas baldas se amontonaban los libros de ensayo en castellano. En el espacio que ocupaba la mesa de trabajo de mi novia había habido un sofá. Recuerdo algunos de los libros que leí en el sofá, y las épicas siestas que echaba en tardes que debería haber dedicado a estudiar Física o Tecnología. Más tarde, cuando mi hermana vino a estudiar a Zaragoza, nos trasladamos al piso de mis padres, pero muchos días íbamos a comer con mis abuelos. Repasé en esta habitación la historia del franquismo el primer día de selectividad. Una noche mi primo y su novia se acostaron en ese sofá. Antes de que se convirtiera en el estudio, era la habitación de las tres camas, porque allí dormían de pequeñas mi madre y sus dos hermanas. Lo llamábamos la habitación de las tres camas, aunque cuando yo era niño solo había dos, con unas cubiertas rojas. En esa habitación dormíamos mi hermana y yo cuando nos quedábamos con mis abuelos el sábado por la noche.

Durante los cinco años que pasé en el entresuelo de Goya 88, el número de teléfono de mi casa era el primer número de teléfono que había aprendido en la vida.

VIDAS IMAGINARIAS

Mi abuelo nació en la Masada Azcón, en Ejulve, en enero de 1928. Mi bisabuela decía que había nacido el día 13 de enero, pero la fecha de nacimiento oficial era el 15, así que tenía dos cumpleaños. Se llamaba Leoncio. A los pocos meses de nacer contrajo la polio y estuvo a punto de morir. Mi bisabuela dijo que iría hasta la Virgen de la Balma si se salvaba. Mi abuelo se salvó, pero no quiso hacer el peregrinaje. Decía que él no había prometido nada.

Mi abuelo no caminó hasta los tres años. Su pierna se recuperó un poco gracias a una bicicleta. Con ella iba al colegio con su hermano Vidal, que era ocho años menor. Mi abuelo llevaba la bicicleta cuesta abajo y su hermano en el llano; cuesta arriba, iban a pie. Pero siempre fue cojo. Cuando lo conocí, caminaba con un bastón, y durante toda su vida fue propenso a las caídas.

Siempre hablaba con afecto de la Masada Azcón, que está entre Ejulve y Molinos, en las estribaciones del Maestrazgo, en Teruel. Recordaba su infancia, las fuentes, las cabras monteses, los escorpiones y los tejones del Barranco Pistolo, y el clima, que es algo más húmedo que el de Ejulve. (El historiador Juan Manuel Calvo ha rastreado algunos datos: en 1740 el labrador Anthón Azcón recibió en treudo el terreno, que era de la iglesia. Josep Capilla, que había heredado de su padre el arriendo de la masada, fue desahuciado veintidós años más tarde, cuando Azcón reclamó la propiedad. Subsistió como «pobre de solemnidad».)

Apenas recuerdo a mi bisabuela. Sé que murió el año en que nació mi hermana, 1983, y recuerdo una manta de cuadros que tejó para ella. Me han contado que le gustaban los refranes y las sentencias. En mi familia se contaba que siempre decía que la cena era una comida absurda, porque uno se acostaba inmediatamente y al levantarse volvía a tener hambre. Al parecer, una noche decidió no cenar, pasó mucha hambre y cambió de opinión para siempre. La imagino vestida de negro y gorda. Probablemente es un recuerdo inventado, pero era gorda. En su mejor momento, alcanzaba la cifra perfecta: tenía la misma circunferencia que altura: $1,50 \times 1,50$. Consideraba que la peor desgracia anatómica en una mujer era ser «esculada». Mi abuelo, que engordó de mayor, tenía otra teoría con respecto a la gordura masculina. No era grave si uno se la veía para mear. Pasado ese punto de no retorno, todo estaba perdido: adelgazar era imposible.

Aunque no tengo memoria de haber conocido a mi bisabuela, Carmen Pascual, «la abuela Ortina», me han llegado dos historias sobre su vida sexual. El primer episodio transcurrió en la noche de bodas e inspiró a mi padre el relato «La boda», que está incluido en *El testamento de amor de Patricio Julve* (Destino, 1995, y Xordica, 2011). Aunque mi padre añadió elementos de ficción, partía de una anécdota que le había contado mi abuelo. En el relato nos pone en antecedentes. Francisco pide en matrimonio a la chica para sorpresa familiar: «Si todavía se mea en la cama», dice su tía. El hombre está fascinado:

Todo el pueblo lo reconocía. Francisco, habitualmente serio y grave, poco hablador, y a veces áspero y receloso, ante la hermosura de aquella muñeca de feria, como decían de Carmen —no sin envidia— las muchachas de su edad, había perdido el entendimiento y se había transformado en un títere grande, en un hombre sin voluntad y desnaturalizado. Por eso aquella noche era plenamente feliz. Dentro de un instante sentiría el primer calor de un cuerpo grácil y fresco; acariciaría el espléndido talle y las delicadas curvas de los senos de la muchacha, y al final

descubriría lo que durante tanto tiempo le había desasosegado y le había robado el sueño, encerrados los dos en la habitación tibia que él mismo había arreglado con tanto cariño como obstinación.

Pero esa noche, según el cuento y según la leyenda familiar, todo salió mal. Ella no se había desnudado nunca delante de un hombre, y no le habían explicado casi nada. Tampoco lo hizo su marido:

La apretó contra él y la besó en la boca. Después la empujó suavemente sobre la cama e intentó eliminar obstáculos e íntimas prendas de algodón intacto a sus anhelos. Carmen no entendía nada. Se quedó consternada, muda de espanto. Al poco tiempo, berreó muerta de miedo: «¡Ay, madre, que me matan!», y, como mal pudo, escapó del peso de su esposo, casi desnuda, y consiguió huir escaleras abajo. Se echó a la calle y salió corriendo como una loca bajo la lluvia fría del mes de diciembre.

Mi bisabuelo fue a buscarla a casa de su suegra, pero la novia no estaba allí. Luego su suegra emprendió la búsqueda, y la noticia circuló por el pueblo. Cuenta mi padre:

Cuando la vio entrar por la puerta, desvanecida en los brazos de su suegra, falta de respiración y tiritando, Francisco ya no se tenía en pie. Estaba borracho, tan borracho que apenas pudo ver la multitud de gente que se congregaba ante su casa para ver a la fugitiva. Había pasado una noche tan mala que al final, desesperado e insomne, buscó refugio en una botella de vino antiguo, espeso y de alta graduación, que alguien había traído de los campos de Cariñena como excepcional regalo de bodas.

El segundo episodio de la vida erótica de mi bisabuela que conozco consiste en que, cuando vivían en la Masada, su hija Almerinda le contó que había visto a mi bisabuelo saliendo del cuarto de la criada. Mi bisabuela creyó el testimonio de la

niña y a partir de entonces no volvió a acostarse con su marido. Quizá, tras la desastrosa experiencia iniciática, fue un alivio, y mi bisabuela solo estaba buscando una buena excusa.

A mi bisabuelo Francisco Gascón lo recuerdo mejor, porque vivió hasta 1991. Había nacido en 1900 y había combatido en el Desastre de Annual. Decía que extendían mantas para devolver las bombas de los marroquíes. Le gustaba cazar y había perdido un ojo en un accidente vinculado con esa afición. En su lugar tenía un vacío gris; el ojo sano era azul. Según mi abuelo, en la Masada amontonaba la basura para atraer a las ratas y las mataba con la escopeta. Cuando lo conocí, ya estaba mal de la cabeza, con demencia senil, y no recuerdo haber hablado nunca con él. Francisco y mi otro bisabuelo veían las corridas de toros en la televisión en blanco y negro que había en el piso de Goya 88, pero al padre de mi abuelo solo le divertía que pillasen al torero. En la época en que lo conocí, se cambiaba de casa cada tres meses: sus tres hijos y su ahijada —que vivía en Barcelona— se turnaban para cuidarlo. En los últimos años le amputaron una pierna y llevaba pañal. Por las noches se despertaba y llamaba a mi abuela. Se quejaba del dolor de su pierna amputada, decía que era más rico que Franco y aseguraba que se había jugado la hermosura con el diablo y se la había ganado.

Mi abuelo no estudió, pero era un hombre inteligente y mañoso. Un anciano del pueblo me contó que le gustaban mucho las comedias y que se aprendía los textos de memoria. De joven escribió un poema burlesco donde se enumeraban todas las familias que vivían en el pueblo. Entró a trabajar en la mina Doña Manolita. No podía hacer trabajos físicos; fue listero. Inventó el eslogan de la mina: «No es hulla, es antracita, el carbón de Manolita». (Era publicidad engañosa: se extraía lignito.) Vivía en Gargallo de patrona y normalmente iba andando, aunque los camiones solían parar e invitarlo a subir. Vendía casi todas las modalidades de carbón a una fábrica de cemento. Mi padre ha escrito: